

LA PEDAGOGÍA DE LA RELIGIÓN EN EL PADRE BASTÉ. S. J.

Carlos Martínez Herrer
Conselleria de Educació de València

Resumen: El Padre Basté fue un buen sacerdote jesuita que conocieron bien los miles de jóvenes que se acercaron al Patronato de la Juventud Obrera de Valencia antes de la Guerra, cuyo recuerdo sólo permanecía en las almas de algunos nonagenarios, hasta que el 11 de marzo del 2001 Su Santidad Juan Pablo II lo elevó a los altares en el proceso masivo de beatificación de los mártires valencianos del siglo xx.

El Padre Basté no necesitaba el martirio para ser beatificado, porque ya en vida tenía fama de santo. Fue hombre, como el fundador Gea, plenamente entregado a la causa de la evangelización. Fue, como todos los sacerdotes beatificados con él, modelo por sus virtudes, por su amor a la Eucaristía y por su devoción a la Virgen. Se entregó de lleno, durante más de 30 años, al Patronato de la Juventud Obrera de Valencia: catequesis, apostolado con los jóvenes, culto litúrgico, confesiones, visitas asiduas a los enfermos, ayuda a los pobres y necesitados fueron sus principales actividades apostólicas, pero fue también, como director del Patronato, un práctico de la acción social y educativa entre la juventud.

Las vidas de las secciones piadosas, sociales, culturales, deportivas, recreativas y escolares del Patronato informaron sobre la vida del Padre Basté. Las escuelas, las colonias de Serra, los equipos de fútbol, la banda de música, los huertos del Parque, el grupo excursionista, los belenes, el teatro..., son instituciones que merecen una aproximación historiográfica profunda e individualizada por la influencia que han tenido, y aún tienen, en la vida de miles de valencianos. Ello no obsta para decir que, en el plan de Basté, la Congregación mariana fue el alma que insuflaba a las distintas secciones del Patronato, la joya de la corona. Con la presente, reivindicamos, más allá del fundador Gea, la figura del director que el Patronato tiene en los altares, y la intensa vida de piedad que con él vivió la institución.

Palabras clave: Pedagogía, religión, patronato, congregación, Basté.



LA PEDAGOGÍA DE LA RELIGIÓN EN EL PADRE BASTÉ S. J.

El Padre Narciso Basté Basté fue un sacerdote jesuita que vivió entre 1866 y 1936. Dirigió entre 1901 y 1932 el Patronato de la Juventud Obrera de Valencia, institución que había fundado en 1883 un laico ejemplar, el carpintero valenciano Gregorio Gea.

La institución había nacido como reuniones dominicales de doctrina cristiana para jóvenes de familias humildes de las barriadas de Valencia, y fue inicialmente dirigida por el propio Gregorio Gea y algunos compañeros suyos, también laicos, que procedían de las Escuelas de Cristo. Pronto contaron con la ayuda, a título particular, de algunos sacerdotes, con especial significación de la Compañía de Jesús. Fue consiliario de la institución desde sus orígenes el gran teórico del apostolado social Antonio Vicent S. J., y también desde sus orígenes contó en su seno con una congregación mariana.

Los “patronatos” fueron una institución para la educación de la juventud obrera en la España de finales del siglo XIX, a imitación de otras parecidas que venían desarrollándose en el sur de Francia, Bélgica, Alemania... Surgen en el contexto sociohistórico de la respuesta del catolicismo social al avance de las ideas socialistas, comunistas y anarquistas entre el proletariado urbano, y conviven, en una España convulsa, con movimientos pedagógicos que pretenden la implantación y primacía de la escuela laica frente a la escuela religiosa (krausismo, escuela moderna, escuela nueva, escuela racional...).

Como institución post-escolar, aunque en su seno albergó escuelas de primera enseñanza tanto nocturnas (para jóvenes y adultos obreros) como diurnas (para hijos de obreros), requería medios pedagógicos alternativos a los escolares que atrajeran al adolescente desfavorecido.

Como institución católica dirigida a los obreros, requería que éstos se formaran en doctrina cristiana y prácticas de piedad.

Como institución dirigida a los trabajadores, requería que sus actividades fueran gratuitas para los socios, o que su aportación fuera modesta (Basté siempre procuró que todos los socios pagasen una humilde cuota).

En el año 1924 publica el Padre Basté un libro, *Patronatos de jóvenes obreros*, donde explica la institución, su finalidad y la pedagogía que emplea. La preocupación por la juventud se refleja en esta cita, que él reproduce, de Alfonso Kannengieser: “Los aprendices constituyen una categoría muy numerosa de los artesanos; su educación, así como su instrucción técnica, es de una importancia capital; tal aprendiz, tal compañero. Si el obrero de doce a diecisiete es deformado por el vicio y corrompido por perversas compañías, nada bueno podrá hacerse de él más tarde; se habrá cultivado la simiente del socialismo” (Basté, 1924: 5).

El Reglamento de 1912 de la sociedad también recoge la finalidad de la institución: el progreso moral e intelectual de la juventud obrera y el fomento de la instrucción y buenas costumbres de ésta, según el espíritu católico, apartándola del vicio e inmoralidad. En



su artículo 1.º podemos leer los variados recursos que empleaba el Patronato de Valencia para cumplir esta finalidad:

- Reuniones dominicales. Pláticas de catecismo en la Casa de Campo del Parque de la Pechina con sano esparcimiento posterior.
- Escuelas diurnas, para niños, y nocturnas, para aprendices, de primera enseñanza.
- Estudios de aplicación a las artes y oficios: dibujo, modelado, solfeo y una incipiente formación profesional.
- Una biblioteca popular “ambulante” (de préstamo).
- La atracción de los jóvenes por medio de juegos honestos en la Casa de Campo y en los locales de la Casa Social. “Buscar a los niños y hablarles de Comunión, de Misa, de Rosario y ejercicios, de perfección y de santidad, sería perder el tiempo, porque no vendría ninguno al Patronato, o si vinieran, serían los que menos necesitarían de nuestros cuidados, por ser ya los más inclinados naturalmente a la vida espiritual. Es necesario apoderarse de su imaginación con juegos y bagatelas para que se acerquen al Patronato y puedan ponerse al alcance de recibir la instrucción religiosa y ser instruidos en la vida del espíritu” (Basté, 1924: 28-29). Estos juegos y diversiones honestas fueron variados en los distintos momentos de la historia del Patronato: huertos, columpios, fútbol, tiro, un lago para nadar y remar, un tobogán, paseos en burro, ejercicios gimnásticos, festivales, juegos de salón, veladas literarias, obras de teatro, cine, música, salidas campestres, colonia de vacaciones..., actividades todas ellas que contaron con su correspondiente reglamentación.
- Todo género de protección social: socorro a los enfermos, bolsa de trabajo, peluquería económica, economato y caja postal de ahorros.
- Una Congregación obrera de la Santísima Virgen y San Luis Gonzaga, que constituyó el núcleo de la actividad del Padre Basté, quien la remozó en profundidad, y de la vida del Patronato.

Los mismos niños y jóvenes que venían al Patronato atraídos por sus juegos y entretenimientos nutrían las filas de la Congregación, y recibían de ella su formación moral y religiosa. Eran muy pocos los que asistían a las clases o recibían los demás beneficios del Patronato sin ser congregantes, pues Basté impuso, en los reglamentos de las Escuelas, la condición de que, para ser alumnos, debían ser congregantes.

El trabajo más serio y eficaz que hacía el Patronato, en orden a la instrucción religiosa, era, sin duda, el preparatorio para el ingreso en la Congregación. El Padre Basté celebraba con los aspirantes, por espacio de un mes todas las noches, conferencias en forma de conversación familiar o diálogo de instrucción, en tono amistoso y de confianza, persuadiéndoles de la necesidad de instruirse y hablándoles de la naturaleza



de Dios, de sus atributos, del alma, de su espiritualidad, libertad e inmortalidad... Todo esto repasado, preguntado y examinado hasta que parecía prudente no insistir más, por la gran ignorancia con que venían los aspirantes y por la necesidad de que supieran y pudieran resistir los peligros y las burlas de que eran objeto en las oficinas y talleres donde trabajaban.

Para Basté, la preparación para el ingreso en la Congregación era el mayor bien que podía hacerse a los jóvenes y, para el Patronato, “la base de su buen espíritu, vida de familia y paz interior, ya que no podría marchar sin esta formación, como no puede funcionar una máquina si no se prepara previamente y se ajustan con precisión las piezas que la forman” (Basté, 1924: 17).

En este ambiente de piedad, los jóvenes de conducta poco arreglada no prosperaban. El niño que rehusaba tenazmente esta preparación debía salir del Patronato, pues era una nota discordante entre los demás. Para Basté “en la vida del adolescente hay un tiempo crítico en el cual ya no atraen los juegos de la niñez, y entonces, para retenerles, sólo queda el recurso del temor de Dios y de la sólida piedad” (Basté, 1924: 22).

La escuela de la Inmaculada, del Patronato, reglamentaba obligatoriamente el ingreso en la Congregación de Nuestra Señora de los Ángeles y, por tanto, la práctica de los actos de piedad que se realizaban en la Congregación. Esta obligatoriedad constituye una novedad frente a los colegios jesuitas de la época, que también tenían congregaciones marianas. En éstos, como en el de San José de Valencia, no todos los alumnos eran congregantes, sino sólo los escogidos.

La Congregación tenía actos ordinarios, obligatorios para todos los jóvenes que quisieran disfrutar de los juegos del Patronato, como la misa dominical en la iglesia de San Miguel o las pláticas espirituales del padre director, y secciones especiales para practicar obras de celo y caridad, donde los congregantes se agrupaban según sus aficiones y aptitudes: sección de visita al Santo Hospital, sección de visita al Asilo de Ancianos Desamparados, sección de Guardia de Honor y Oración, sección de Misiones y Santa Infancia, sección del Santo Rosario y Catecismo, sección de Misa diaria...

Pero la enseñanza religiosa no acaba aquí. El taller debía proporcionar el aprendizaje laboral al joven obrero; el Patronato, la instrucción cívica moral y académica, el sano esparcimiento, las prácticas piadosas... En las escuelas diurnas y nocturnas de primera enseñanza que regentaba el Patronato las asignaturas estaban impregnadas, en lo que hoy llamaríamos un tratamiento transversal, de las enseñanzas de la Iglesia. Basté devenía no sólo el director de la Obra civil del Patronato, y director de su Congregación mariana, sino también en el gran catequista de los alumnos.

No podemos olvidar que el Padre Basté publicó dos libros de Apologética: *La Religión Verdadera* y *Catecismo de Apologética*, que compendian el fruto de más de 30 años de enseñanza de catecismo a los jóvenes. Ambos presentan la misma estructura mayéutica, común a otros catecismos de la época, y a los clásicos de los padres Astete y Ripalda, de preguntas y respuestas sencillas. Las preguntas del formador, contenidas y distribuidas



por capítulos, eran respondidas de modo tal que parecían extraídas del interior del catecúmeno:

- ¿Nosotros tenemos alma? –Sí, señor.
- ¿El alma se puede ver? –No, señor.
- ¿La carne y los huesos pueden pensar y discurrir? –No, señor.
- ¿Quién piensa, pues, y discurre en nosotros? –El alma (Basté, 1935a: 27).

De acuerdo con la *Ratio Studiorum* y la tradición pedagógica de la Compañía de Jesús, Basté tomaba como base para los procesos de enseñanza y aprendizaje de las verdades fundamentales de la Religión, el Paradigma Pedagógico Ignaciano, cuya clave y razón de ser es enseñar a pensar y enseñar a aprender, tanto en el ámbito científico-cultural como en el ámbito humano-cristiano, ayudando a los alumnos a integrar lo académico y lo formativo. La plática expositiva cedía frecuentemente, como se ha visto, al diálogo franco, a la interrogación, al descubrimiento interior de la verdad.

La misma estructura interrogativa emplea el autor en su obra apologética:

- ¿Qué verdades enseña la Iglesia, y en las cuales no puede equivocarse?
- Las verdades en las que la Iglesia no se puede equivocar, porque tiene para ello la asistencia especial del Espíritu Santo, son únicamente las que enseñó Nuestro Señor Jesucristo y predicaron los sagrados Apóstoles, las cuales están contenidas en las Escrituras, especialmente en los escritos evangélicos y apostólicos, y en la Tradición (Basté, 1935b: 207).

Tradicón pedagógica jesuita que respetó Basté fue la “emulación.” Las congregaciones en los colegios de la Orden, no así en el Patronato, estaban destinadas no a todos, sino a los mejores alumnos, y la pertenencia a la Congregación era un acicate y un premio entre los alumnos. La imitación de los mejores estimulaba al perfeccionamiento, impelía al joven que se había acercado al Patronato a jugar con sus amigos, a ser congregante. La emulación de los mejores conllevaba incluso premios en forma de “vales” para los niños incluidos en el Cuadro de Honor de las escuelas diurnas. El capítulo xv del Reglamento de régimen interno de la Escuela de la Inmaculada trata de la inscripción de los mejores alumnos en el Cuadro de Honor. A principios de cada mes quedaban reflejados en un lugar preferente de la casa social los nombres de los alumnos que más se hubieran distinguido en Piedad, Conducta, Aplicación, Aseo y Asistencia, quienes, además, no debían tener ninguna falta a los actos de la Congregación. Pensemos que los 25 “vales” que recibían los niños inscritos podían ser canjeados en las instalaciones del Parque de la Pechina, en el economato del Patronato, en su peluquería..., constituyendo un buen estímulo material para añadir a la satisfacción personal del alumno y su familia.



En conclusión, el fin del Patronato, el fin de la pedagogía de su director, el Padre Basté S. J., mártir, era guiar moralmente, proteger y, en una palabra, formar al niño desde que abandonaba la escuela hasta que “tomaba estado” o trataba seriamente de tomarlo (es decir, comenzaba el noviazgo). Mucho más que la instrucción, su fin era la educación, la preservativa y la positiva para las luchas de la vida, en el ambiente irreligioso del mundo obrero de la Valencia de principios del siglo xx. Basté intuyó, en contacto con los prohombres del apostolado social de la época (Vicent, Cepeda, Reig Genovés, los Trénor...), el valor pedagógico para la juventud obrera de instituciones complementarias a las escuelas, como las colonias escolares (él organizó las primeras que hubo entre los niños valencianos, en 1906), las salidas campestres, los pequeños huertos, las pláticas y juegos al aire libre, las actividades deportivas (el Patronato de Valencia fue pionero, entre otros, del fútbol en Valencia), las representaciones teatrales, las veladas literarias... “Entre todas las clases de juegos, los más apropiados al Patronato son los juegos al aire libre; éstos son los más oportunos y los que distinguen al Patronato de los Círculos de Obreros u otras Sociedades semejantes. Aparte de esto, son preferibles también por ser los más higiénicos y los que más esparcen los ánimos sin ningún estímulo de lucro ni ganancia” (Basté, 1924: 29).

La Congregación mariana devenía el centro de todas estas múltiples actividades y secciones culturales, sociales o recreativas, que eran premio y accesorio a la piedad. El Patronato de la Juventud Obrera, según el lema latino *in omnibus respice finem*, tenía como finalidad hacer buenos obreros cristianos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICA

1. N. Basté Basté (1924). *Patronato de Jóvenes Obreros*. Bilbao: Mensajero del Corazón de Jesús.
2. N. Basté Basté (1935a). *Catecismo de Apologética*. Bilbao: Mensajero del Corazón de Jesús.
3. N. Basté Basté (1935b). *La religión verdadera*. Madrid: Apostolado de la Prensa.

